

“¿POR QUÉ FUE NECESARIO QUE CRISTO DERRAMARA SU SANGRE?”

(Domingo 09 de abril de 2006)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



“Y ÉL, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo Gólgota; y allí le crucificaron, y con ÉL a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio”

(Juan 19:17-18)

Durante mis casi treinta años de ministerio pastoral, muchos queridos hermanos se han acercado a mí para hacerme algunas preguntas sobre cuestiones que nos dan cierta dificultad para comprenderlas completamente.

Una de esas preguntas es esta: ¿Por qué fue necesario que Cristo derramara su sangre en la cruz del calvario?

Esta interrogante es muy comprensible si tomamos en cuenta que Dios, que lo puede todo, bien pudo decretar el perdón absoluto para todo pecador, sin necesidad de un sacrificio tan cruento y dolorosísimo como el que experimentó su Hijo Unigénito.

Entonces, ¿Por qué someter a su Único Hijo a un sufrimiento que de tan grande ni siquiera lo podemos imaginar?

Veamos lo que las Sagradas Escrituras nos dicen al respecto:

1. Cristo derramó su sangre para que la Escritura se cumpliera. El tema de la sangre es abordado en la Biblia muy ricamente. Por lo menos hay trescientos sesenta y nueve pasajes que hablan de la sangre. Muchos de ellos, principalmente en el Antiguo Testamento se refieren a los sacrificios de víctimas que según las instrucciones de Dios dadas en el Antiguo Pacto, servían para el perdón de los pecados del pueblo de Israel: ***“Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona” (Levítico 17:11).***

El pecador debía entender que por su maldad merecía morir, pero que Dios, en su misericordia y bondad, aceptaba una víctima que diera la vida en su lugar, que muriera totalmente, que diera su vida entera. Dios dice que la vida de toda carne en su sangre está, así que, se entendía que al dar su sangre, estaba dando su vida.

Por el Nuevo Testamento, sabemos que no era la sangre de aquellos animales la que purificaba los pecados, sino que todo apuntaba hacia el sacrificio supremo de nuestro Señor Jesucristo.

Es la sangre de Cristo y no la de ningún otro ser la única que puede purificar el alma de todo pecado: **“y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:12)**. Así que, para cumplir todo el simbolismo y profecías que encierran el Antiguo Pacto, fue necesario que nuestro Salvador derramara su sangre en la cruz.

2. Cristo derramó su sangre para sustituirnos.

Jesucristo fue la víctima real que entregó su vida en lugar de la nuestra. ÉL es el antitipo de todos los tipos del viejo pacto.

La víctima sacrificada debía entregar su vida totalmente, por eso, era inmolada. Toda su sangre debía ser vertida, porque como hemos afirmado, la vida de todo ser carnal está en su sangre: **“Porque la vida de toda carne es su sangre; por tanto, he dicho a los hijos de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre; cualquiera que la comiere será cortado” (Levítico 17:14)**. Nosotros, por nuestro pecado deberíamos morir **“Porque la paga del pecado es muerte...” (Romanos 6:23)**, pero nuestro Dios, en su Infinito Amor, aceptó la vida de un ser totalmente inocente en lugar de nosotros. Como está escrito: **“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8)**.

3. Cristo derramó su sangre para que nosotros pudiéramos ser rociados con ella.

En el antiguo pacto, la sangre de las víctimas era rociada sobre el pecador para expiarlo de sus culpas: **“Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:13-14)**.

De la misma manera, nosotros fuimos rociados con la sangre de Cristo para ser purificados: **“elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas” (1 Pedro 1:2)**.

4. Cristo derramó su sangre para expiar nuestros pecados.

Sólo con la sangre se hacía expiación. La palabra expiación (gr. *hilaskomai*) quiere decir “hacer propicio el favor de Dios para un culpable”. Por esto, la sangre de las víctimas era vertida sobre el propiciatorio que estaba en el Lugar Santísimo: **“Después degollará el macho cabrío en expiación por el pecado del pueblo, y llevará la sangre detrás del velo adentro, y hará de la sangre como hizo con la sangre del becerro, y la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio” (Levítico 16:15)**.

Por esto, nuestro Señor derramó su sangre para expiar nuestros pecados: **“Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (Hebreos 2:17)**.

Cuando nuestro Salvador murió en la cruz, ciertamente su cuerpo quedó colgado ahí, pero su espíritu fue directamente con el Padre y entró en el verdadero Lugar Santísimo, como Sumo Sacerdote para presentar delante del Padre, la Única Ofrenda que la justicia perfecta de Dios aceptó en nuestro lugar y que precisamente fue su sangre: **“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hebreos 9:11-12)**.

Otro pasaje dice también: **"Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios" (Hebreos 9:24).**

Mediante el sacrificio propiciatorio de Cristo, el que cree en ÉL es, por el acto propio de Dios, liberado de la ira que en justicia se merece, y entra en el pacto de gracia. Nunca se dice que Dios es el reconciliado, hecho que por sí mismo es indicativo de que es el hombre quien tiene que ser reconciliado con Dios, y no Dios con el hombre.

Dios es siempre el mismo, y, debido a su propia inmutabilidad, su actitud relativa cambia hacia aquellos que cambian. Puede actuar de forma diferente hacia aquellos que acuden a ÉL por la fe, y solo sobre la base del sacrificio propiciatorio de Cristo, no debido a que Él haya cambiado, sino debido a que siempre actúa conforme a su inmutable justicia. Por ello, la obra expiatoria de la cruz es el medio por el cual queda rota la barrera que el pecado interpone entre Dios y el hombre. Por la entrega en sacrificio de su vida inmaculada, sin pecado, Cristo anula el poder del pecado que separa a Dios del hombre. El hombre ha perdido el derecho a la vida debido al pecado, y Dios ha provisto el único camino posible por el que podía otorgarse la vida eterna, esto es, la entrega voluntaria de su vida hecha por su Hijo. Todos los antiguos sacrificios del AT establecidos por Dios eran símbolos que prefiguraban este acto de Cristo.

5. Cristo derramó su sangre para redimirnos.

La Santa Palabra de Dios dice: **"Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Hebreos 9:22).** La palabra redimir (gr. *afesis*) significa liberación, indulto, perdón. Se refiere al perdón de los pecados como en Mateo 26:28 donde la Reina Valera traduce "remisión"; pero en pasajes como Marcos 1:4; Lucas 1:77; 3:3; 24:47; Hechos 5:31; 13:38; 26:18; Efesios 1:7; Colosenses 1:14; se traduce perdón de pecados.

Siempre, en todos los casos, se presenta la redención como prerrogativa exclusiva de Dios. No hay ningún caso en el NT de tal acción a los hombres. Cuando Jesucristo dice a los apóstoles: **"A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos" (Juan 20:23).** Estos términos se deben entender en un sentido «declarativo»; ellos sólo debían declarar lo que Dios haría en las personas que escucharan su predicación.

De la misma manera que José sólo declaró lo que le sucedería al copero y al panadero del rey en (Génesis 41:13). José no redimió al copero ni hizo colgar al panadero, sólo lo declaró.

En cambio, nosotros sí podemos perdonar las ofensas de los hombres. Esta acción de perdonar tiene raíces interesantes. La palabra griega *anapempo* significa enviar arriba (ana, arriba, y pempo, enviar) en pocas palabras, es encomendar la ofensa al que juzga justamente, como en 1 Pedro 2:23. Al hacer esto, estamos cancelando el asunto con el ofensor de una manera definitiva. Se dice que entre los esquimales no existe la palabra perdón, así que ellos tienen que usar muchas palabras para expresarlo. Cuando alguien pide perdón a otro le dice: "¿Estás dispuesto a no pensar en ello nunca más? –y el otro le contesta: "Estoy dispuesto a no pensar en ello nunca más".

De la misma manera, nuestro Dios, nos perdona todos nuestros pecados en Cristo y está dispuesto a no pensar en ello nunca más. ÉL dice en su Santa Palabra: **"Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo; porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos Después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, Y en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones. Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado" (Hebreos 10:15-18).**

Nosotros no fuimos redimidos con sangre de animales, sino con la sangre preciosa de Cristo: **“sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18-19)**. Por esto, en el cielo entonaremos este cántico: **“y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”**. (Apocalipsis 5:9-10).

6. Cristo derramó su sangre para limpiarnos.

La Palabra de Dios pregunta si el hombre puede limpiar sus pecados. La respuesta la da el profeta Jeremías: **“Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí, dijo Jehová el Señor” (Jeremías 2:22)**. Entonces, ¿Con qué puede el hombre limpiar sus pecados? Ciertamente puede lavar su cuerpo, su exterior, pero su interior, ¿Con qué lo limpiará?

Precisamente, también para esto nuestro Señor Jesucristo derramó su sangre carmesí en la cruz del calvario, para limpiar totalmente con su sangre nuestro interior, nuestro espíritu y alma de todo pecado. La Biblia dice: **“pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7)**. Otro pasaje escrito por el mismo Juan dice: **“y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5)**.

Así que no hay duda, nuestros pecados son borrados, son lavados, son limpiados sólo con la sangre de Cristo.

7. Cristo derramó su sangre para establecer un nuevo pacto. Así lo afirmó el mismo en aquel momento tan solemne en que levantó la copa y dijo: **“Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:27-28)**.

Sí. La sangre de Cristo es la que ha establecido el Nuevo Pacto entre Dios y los hombres, donde Dios se compromete a perdonarnos, redimirnos, darnos vida eterna, adoptarnos como hijos y nosotros a obedecerle y amarle siempre.

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela.